

PRIVATIZACIÓN, CONFORMISMO Y APATÍA. UNA APROXIMACIÓN DESDE C. CASTORIADIS A LAS DINÁMICAS SUBJETIVAS CONTEMPORÁNEAS

DOSSIER

GERMÁN ROSSO - ger.rosso@hotmail.com
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

FECHA DE RECEPCIÓN: 3-6-19
FECHA DE ACEPTACIÓN: 22-8-19

Resumen

Conocida es la caracterización que Cornelius Castoriadis desarrolla durante la década de 1980, según la cual las sociedades occidentales ingresan en una «época del conformismo generalizado» atravesada por el «avance de la insignificancia». En el plano individual, este proceso conduce al surgimiento de comportamientos signados por la apatía y la privatización. El presente trabajo se propone profundizar en la dimensión subjetiva de este diagnóstico. Haciendo énfasis en la perspectiva sobre la socialización de Castoriadis y sus implicancias en tanto teoría de la subjetividad, se recuperan los efectos del derrumbe de la autorrepresentación de las sociedades en los procesos identificatorios de los individuos. Es posible mostrar el vínculo de esta caracterización con los diagnósticos del autor de fines de los 50 acerca de la «privatización» y con las lecturas centradas en la noción de «narcisismo». Se destacará la alteración en el modo en que los individuos se relacionan con el orden colectivo que estos fenómenos suponen y, para finalizar, se evaluará la incidencia de lo histórico-social en la constitución del psiquismo.

Palabras clave: Subjetividad – Castoriadis – Privatización – Narcisismo

239

PRIVATIZATION, CONFORMISM AND APATHY. AN APPROACH FROM C. CASTORIADIS TO CONTEMPORARY SUBJECTIVE DYNAMICS

Abstract

The description that Cornelius Castoriadis makes during the 1980s is well known. According to him, the western societies enter in a «period of generalized conformism» crossed by a «rising tide of insignificance». On the individual level, this process leads to the emergence of compartments characterized by apathy and privatization. In this paper we propose focus on the subjective dimension of this diagnosis. Emphasizing in the perspective on the socialization of Castoriadis and its implications as a theory of subjectivity, we can recover the effects of the collapse of the society's self-representation in the identification processes of individuals. It is possible to show the link of this description with the diagnoses of the author of the late 1950s about privatization and with the analysis centered on the notion of «narcissism». We will highlight the alteration in the way in which individuals relate to the collective order. To finish, we will evaluate the incidence of the social-historical order in the constitution of the psyche.

Keywords: Subjectivity – Castoriadis – Privatization – Narcissism

240

Introducción

Diversas en su caracterización y en sus conclusiones son las lecturas que a partir de la década de 1980 empiezan a focalizarse, desde distintos campos teóricos, en las transformaciones en ciernes en las sociedades occidentales. Todas ellas, sin embargo, parecerían partir de la difusa constatación de cierto estado de cosas: al menos desde finales de los 50, *algo está pasando* al nivel de los procesos económicos, ideológicos, políticos, sociales, artísticos y culturales (Del Barco, 2004). En este contexto, distintas corrientes al interior de las ciencias sociales y humanas reflexionan acerca de la interrelación entre algunos de los cambios que acontecen en estos niveles. Así se comienzan a producir diferentes categorías teóricas para señalar la discontinuidad del actual período histórico con respecto del pasado, como «posmodernidad», «neoliberalismo», «capitalismo tardío», «pospolítica», entre muchas otras.

Paralelamente, durante el mencionado período Cornelius Castoriadis (1997 y 2008) describe a la nueva situación de las sociedades occidentales como la entrada

en una «época del conformismo generalizado» atravesada por el «avance de la insignificancia». Aunque se distancia críticamente de las corrientes «posmodernas», Castoriadis coincide con estos diagnósticos al detectar una particular inflexión en el vínculo de los individuos con los proyectos colectivos y un correlativo decaimiento en su relación con el porvenir (Lyotard, 1987). Sea en su faceta liberal –como crecimiento continuo de las fuerzas productivas, la acumulación y el bienestar material– o en su faceta marxista –como avance hacia una sociedad igualitaria y sin división de clases–, es finalmente el sentido de la historia como progreso lo para Castoriadis que se extingue en la época contemporánea (Dosse, 2018: 409). Del mismo modo, el autor identifica con claridad las consecuencias socioeconómicas de las políticas «neoliberales», pero impugna la utilización de este término por parte de sus impulsores para señalar la distancia entre tal tipo de programas y los principios del pensamiento liberal (Castoriadis, 2006). Por otro lado, sostiene que si una gran parte de las poblaciones occidentales tolera estas reformas regresivas se debe a ciertos cambios en el terreno del imaginario social. Esto lo lleva a analizar la experiencia contemporánea a la luz del derrumbe de la autorrepresentación de la sociedad y la destitución de sus principales significaciones imaginarias (Castoriadis, 2004: 1997). En el plano individual, estos procesos conducirían al surgimiento de formas subjetivas signadas por la apatía, el retraimiento hacia la esfera privada y el desinterés por la vida política (Castoriadis, 1997 y 2006)¹. En palabras del autor, «la población se hunde en la privatización, abonándole el terreno público a las oligarquías burocráticas, gerenciales y financieras» (Castoriadis, 1998a: 96). Este punto de su diagnóstico coincide con un creciente cuerpo de autores que, desde diferentes perspectivas, afirman que en las últimas décadas entran en vigencia procesos de despolitización de los ciudadanos, debilitamiento de la democracia, abandono de las identidades colectivas, estrechamiento de la esfera pública y supresión de la dimensión antagónica o conflictiva de la política, así como también

¹ Para distintos autores, esta denuncia posiciona a Castoriadis como un pensador de la emancipación (Delmotte, 2011 y 2012; Caumières, 2011), así como también lo aproxima a corrientes críticas como la de Max Horkheimer y Theodor Adorno (Van Eynde, 2008).

denuncian el establecimiento de regímenes tecno-manageriales centrados en la administración y la armonización de los intereses sociales (véanse, entre otros, Balibar, 2013; Brown, 2016; Crouch, 2004; Mouffe, 2009; Rancière, 1996; Žižek, 2001)².

En este marco, el presente trabajo se propone realizar un aporte a la reflexión y discusión sobre las transformaciones históricas recientes a partir de la articulación de diferentes puntos de la obra de Castoriadis. Se buscará profundizar en su diagnóstico acerca de la crisis de las sociedades contemporáneas, particularmente en la comprensión de sus consecuencias al nivel de la subjetividad³. Para avanzar en esta dirección, se comenzará por recuperar sucintamente su conceptualización sobre la institución de la sociedad y se revisará su perspectiva sobre la socialización –en la que psicogénesis y sociogénesis son abordadas como dimensiones indisociables e irreductibles. Asimismo, se evaluarán las implicancias de este enfoque en tanto teoría de la subjetividad. De este modo se llega a comprender el lugar fundamental que la autorrepresentación de las sociedades ocupa en la conformación de los procesos identificatorios individuales, y los efectos subjetivos que produce su derrumbe en el período contemporáneo. A su vez, se repondrá el vínculo de esta caracterización con otras lecturas centradas en la noción de «narcisismo» realizadas en la misma época (Lasch, 1999), así como también con los diagnósticos del propio Castoriadis hacia fines de los 50 (Cardan, 1970). Se destacará la alteración que estos procesos de privatización producen en la relación de los individuos con el orden colectivo, y a partir de allí se evaluará, finalmente, la incidencia de lo histórico-social en la constitución del psiquismo para intentar captar los efectos más profundos del fenómeno de descomposición

² La exploración de las posibles articulaciones entre estas corrientes de reflexión excede los intereses del presente trabajo. Al respecto de los vínculos entre las perspectivas de Foucault y Castoriadis, véase, entre otros, Tovar-Restrepo (2012). Un contraste crítico entre ambos autores en Caumières (2006). Para una aproximación entre el pensamiento político de Castoriadis y las corrientes post-fundacionalistas, véase Kioupiolis (2012 y 2016).

³ Este trabajo se inscribe en el proyecto «La construcción de las adhesiones políticas a Cambiemos en los sectores populares» (Beca Doctoral Interna del CONICET 2018), dirigido por la Dra. Ana María Fernández (Facultad de Psicología - UBA) y el Dr. Sergio Tonkonoff (IIGG, Facultad de Ciencias Sociales - UBA), con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA).

de las significaciones imaginarias. Cabe aclarar desde el inicio que con este ejercicio no se busca subsumir bajo una misma lógica a la totalidad de las experiencias sociales actuales. Como lo atestiguan distintos procesos de lucha política y social en el contexto latinoamericano –algunos recientes y otros no tanto– la privatización de las poblaciones y el abandono de los proyectos colectivos no son tendencias unívocas. Rápidamente podría pensarse en los movimientos feministas, las luchas por derechos para las personas LGTTTBIQ, los movimientos campesinos e indígenas, los procesos de resistencia y organización sindical, entre muchos otros. De manera que la conceptualización que se desarrollará, antes bien, apunta a elucidar algunas dinámicas generales que inciden, siempre de modo particular, en la producción de las subjetividades contemporáneas.

Las significaciones imaginarias y la autorrepresentación de la sociedad

En la perspectiva de Castoriadis, la sociedad es definida como un magma de significaciones imaginarias sociales que, metafóricamente, «cobran cuerpo», se «instrumentan», a través de la institución de la sociedad (Castoriadis, 1998c: 68)⁴. Este magma consiste en una «urdiembre inmensamente compleja de *significaciones* que empapan, orientan y dirigen toda la vida de la sociedad considerada y a los individuos concretos que corporalmente la constituyen» (Castoriadis, 1998c:68). Que estas significaciones sean definidas como «imaginarias» se debe a que no se las puede componer racionalmente ni derivar de las «cosas reales», sino que corresponden al orden de la *creación*; y que se las denomine «sociales» refiere a que existen sólo en tanto instituidas por el colectivo anónimo, sede del imaginario social instituyente. Son entonces estas significaciones las que «animan» a la institución de la sociedad y a los comportamientos de los individuos que la conforman, así como también aseguran la «*ecceidad*» de la misma, es decir, la «unidad» e «identidad» de este colectivo humano (Castoriadis, 2013: 557).

⁴ «La institución de la sociedad es lo que es y tal como es en la medida en que ‘materializa’ un magma de significaciones imaginarias sociales (...); y este magma tampoco puede ser dicho separadamente de los individuos y de los objetos a los que da existencia» (Castoriadis, 2013: 552).

Al interior de la urdiembre de significaciones instituidas por cada sociedad, una de las más importantes es la que da cuenta de ella misma: «La sociedad se presenta como siendo algo, un sí mismo singular y único» (Castoriadis, 1997: 28). Se trata de la «autorrepresentación de la sociedad» como tal, la cual, además de brindarle un sentido, una orientación y permitir valorizar al colectivo, la inserta en el curso de la historia, tanto hacia un pasado como hacia un porvenir. Sucede que un colectivo nunca se concibe a sí mismo como una simple reunión de individuos con algunas cualidades o atributos en común (habitar un territorio, hablar una lengua, practicar ciertas costumbres, etc.). Lo que fundamenta la pertenencia de los individuos a una sociedad es la participación en un horizonte común de significaciones imaginarias, pero más fundamentalmente el hecho de compartir «una representación de sí como *algo*» (Castoriadis, 1997: 159), «un 'nosotros' fuertemente investido» (Castoriadis, 1997: 167). Esto implica que todo individuo debe portar, aunque sea de manera parcial, esta autorrepresentación de la sociedad, a tal punto que aquí se pone en juego «una condición vital de la existencia *psíquica* del individuo singular» (Castoriadis, 1997:28)⁵. Para comprender este punto es necesario recuperar la perspectiva sobre la socialización desarrollada por Castoriadis, así como también algunas de sus implicancias en tanto teoría de la subjetividad.

Socialización, narcisismo y procesos identificadorios

En la concepción de Castoriadis (2013, 1998a, 1998c) sobre el proceso de socialización, la psicogénesis y la sociogénesis son abordadas como dimensiones indisociables a la vez que mutuamente irreductibles. De aquí que, en polémica con las perspectivas marxistas, el autor sostenga que «los procesos psicogenéticos que capacitan a los individuos para asumir las situaciones de capitalista y proletario tienen una importancia decisiva, son una de las condiciones de existencia del sistema capitalista» (Castoriadis, 2013: 497). Eludir esta cuestión equivale a

⁵ De aquí que Castoriadis (2001a) mencione como ligada a los procesos de interiorización del orden instituido a una «vertiente subjetiva de las significaciones imaginarias sociales» (p.124). Una exploración de esta dimensión en Rosso (2018a).

presuponer una correspondencia mecánica y una perfecta sincronización entre las estructuras sociales y las subjetividades. En consecuencia, es preciso destacar que la subjetividad no es únicamente el resultado de las estructuras sociales o de la coacción de las condiciones de existencia, como si se tratara de una *tabula rasa* o superficie pasiva de inscripción, sino que su constitución también responde a dinámicas que le son propias (Savransky, 2014; Ferme, 2009; Ferme et al., 2018; Rosso, 2017). De este modo, la propuesta de Castoriadis (2013, 2004, 1998a, 1998b) aporta un modo de estudiar la producción de la subjetividad en el cual se recupera –a partir de la articulación de categorías provenientes del psicoanálisis y de la teoría social– la génesis de la investidura de los sentidos sociales y la constitución de los distintos estratos de la subjetividad como una de las condiciones fundantes del orden social (Rosso, 2017; Ferme, 2012).

Para Castoriadis (2013), el curso psicogenético inicia a partir de un estado *unitario* y de *indistinción* definido como una mónada psíquica clausurada, similar a lo que Freud comprendió como un narcisismo primario. Esta noción refiere a «una originaria investidura libidinal del yo» por la cual el *infans* se toma a sí mismo como objeto de amor (Freud, 2008a: 73)⁶. En tal estado, «todo se mantiene unido, todo debe mantenerse unido y ese mantenerse-unido es buscado y positivamente evaluado como fuente de placer» (Castoriadis, 1998a: 161). Tras su ruptura a causa del progresivo trabajo de socialización realizado por la sociedad, la subjetividad se introduce en una *fase triádica* en la cual comenzará a reconocer la existencia de los otros. De este modo, se establece una distinción entre la «libido yoica o narcisista», que retendrá sobre sí el sujeto, y la «libido del objeto», destinada a la investidura del mundo exterior. Entre ambas, de acuerdo con Freud, se establece una especie de equilibrio: «Cuanto más gasta una, tanto más se empobrece la otra» (2008a: 73-74). Posteriormente a la *fase triádica*, y por la vía de la sublimación, el sujeto abandonará sus «objetos privados o propios» para pasar a investir «objetos que son y valen en y por su institución social», al mismo

⁶ Sin embargo, Freud brinda distintas definiciones de esta noción a lo largo de su obra (Laplanche y Pontalis, 1993: 228-232). Castoriadis (2013:450) se inclina por aquellas en las que se comprende al narcisismo primario como un Ello-Yo indiferenciado que es el primer objeto de la libido.

tiempo que la finalidad pulsional resultará desexualizada (Castoriadis, 2013: 488)⁷. Se plantea así que la subjetividad singular debe abandonar su mundo inicial de sentido para pasar a investir el que le es provisto por la sociedad; pero al mismo tiempo, la sociedad podrá «jugar con la plasticidad de la psique casi sin límite alguno, con una sola condición: que brinde sentido al sujeto» (Castoriadis, 2001a: 184). Aquí radica uno de los condicionamientos fundamentales e intrínsecos al orden de la subjetividad. El sentido otorgado por la sociedad deberá adecuarse a la *matriz subjetiva* establecida desde aquel estado *unitario* de la etapa monádica inicial: «aquello que el corazón de la psique *entenderá o considerará* de ahora en adelante y para siempre como sentido es este estado *unitario* en el cual *sujeto y objeto* son idénticos (...). Tal es el sentido que la psique buscará para siempre» (Castoriadis, 2001a: 184). En consecuencia, la subjetividad siempre aspirará a esta forma de sentido, aun a pesar de que ya no resulte posible restablecer una clausura unitaria de plena indistinción e inmediatez.

Durante el proceso de socialización, una parte de la exigencia de sentido de la psique toma curso a partir de los procesos de identificación «con personas, tareas, colectividades, significaciones, instituciones», de manera que la progresiva sedimentación de los sentidos compartidos en la subjetividad se logra a través de su vinculación con una «serie de círculos concéntricos» (la familia, el clan, la localidad, el grupo de edad, el grupo o clase social, la nación, etc.), que en ocasiones pueden llegar a resultar contradictorios entre sí (Castoriadis, 2001a). Por esta vía el individuo accede a un lugar o posición al interior de la sociedad, lo que desde el punto de vista subjetivo coincide con el establecimiento del «modelo identificatorio» final del individuo (Castoriadis, 2013). En uno de sus polos, este

⁷ En este punto Castoriadis coincide con las formulaciones más tardías de Freud al respecto de la sublimación: «Distinguimos con el nombre de *sublimación* cierta clase de modificación de la meta y cambio de vía del objeto [de la pulsión] en la que interviene nuestra valoración social» (2008c: 89). Sin embargo, tal como Urribarri (2000 y 2002) ha señalado y el propio Castoriadis (2001a: 251-252) ha reconocido, la perspectiva de este último supone un modo «ampliado» o «extendido» de concebir a la sublimación, en el que se habilita a pensar el lugar de esta operación psíquica en todo proceso de socialización. A su vez, este enfoque sobre la sublimación permite abordar las transacciones entre lo psíquico y lo social para el conjunto de los comportamientos del sujeto y no sólo para el caso de las producciones del inconsciente que involucran un trabajo defensivo (Rosso, 2018b).

modelo es una significación imaginaria social que articula la institución del individuo con el entramado de significaciones de la sociedad (cazador, guerrero, obrero, etc.)⁸. Tales «polos identificatorios» son, dentro de la sociedad en cuestión, necesariamente «típicos y complementarios» (Castoriadis, 2013: 497), de modo que cada uno se halla definido por su vínculo virtual con el resto de la red de «modelos», y es la asunción de estas posiciones por distintos sujetos lo que permite el regular funcionamiento de una sociedad. Pero a su vez, estas significaciones son atravesadas por un segundo polo del «modelo identificatorio», correspondiente a «la singularidad de la imaginación creadora» del sujeto, el cual se encuentra «mediatizado por la historia del individuo» (Castoriadis, 2013: 493). De esto último se deduce que el singular modo en que una significación social es incorporada por la imaginación radical de un sujeto se encuentra atravesado por la totalidad de su historia estratificada, es decir, por las distintas capas de sentido sedimentadas que se aglomeran en la subjetividad (Rosso, 2017). La constitución de un «modelo identificatorio» final permitirá cargar libidinalmente una «imagen» del individuo para sí mismo, que se encuentra mediatizada por la «imagen» que él se representa suministrar a los otros (Castoriadis, 2013: 493).

El vínculo entre la exigencia subjetiva de sentido y la investidura de las significaciones sociales también puede ser abordado desde el punto de vista del narcisismo. Según Castoriadis (2004) la sociedad debe proporcionar a sus individuos un «mínimo de soporte narcisista», sea cual sea su papel social a desempeñar⁹. De modo que «hace falta que el individuo pueda decirse a sí mismo: soy un pequeño algo, y este pequeño algo tiene cierto valor, cualquiera sea el estrato social al que pertenezco» (Castoriadis, 2004: 136). La significación a la que el sujeto adscribirá como imagen de sí debe posibilitarlo, necesariamente, a mantener una investidura positiva sobre sí mismo, y esta investidura narcisista se mantiene gracias a que la significación en cuestión es mínimamente valorada

⁸ «El 'yo soy esto' del individuo –ciudadano ateniense, comerciante florentino o cualquier otro– (...) no cobra sentido y contenido sino por referencia a las significaciones imaginarias» (Castoriadis, 1997: 28-29).

⁹ Esta cuestión es abordada por Aulagnier (2010) a través de la noción de «contrato narcisista». Una vinculación entre esta noción y la de «modelo identificatorio» final en Rosso (2018b).

socialmente. Es en este punto donde se debe recuperar la cuestión de la autorrepresentación de la sociedad presentada en la sección anterior. Según Castoriadis (1997), esta significación es «un correspondiente externo, social, de una identificación final de cada individuo que también siempre es una identificación a un ‘nosotros’» (p.160); por lo tanto, su papel es enlazar los procesos identificatorios singulares al conjunto social. Es conveniente detenerse en las implicancias de esta idea. Este «‘nosotros’ fuertemente investido» es el que otorga un sentido y valoriza socialmente a los «polos identificatorios» a través de los cuales el individuo se articula con el entramado de significaciones de la sociedad. Dicho en otros términos, las identificaciones de los sujetos sólo tienen un sentido y un valor colectivamente reconocido en tanto se encuentren integrados a un «nosotros» como orientación general. Sólo gracias a esta significación los individuos logran establecer para sí «un sentido del mundo, un sentido de la vida y, finalmente, un sentido de su muerte» (Castoriadis, 1997: 160). Es esta autorrepresentación la que, además, mediatiza la «imagen» con la que el individuo se identifica, dado que en cierto modo condensa la «imagen» que se representa suministrar a los demás, es decir, al conjunto social, y le brinda así un soporte a la investidura de su libido narcisista (Castoriadis, 2013: 493). He aquí la mencionada «condición vital de la existencia *psíquica* del individuo singular» conjugada en la autorrepresentación de la sociedad (Castoriadis, 1997: 28). En lo que sigue, se analizará el diagnóstico de Castoriadis acerca de la crisis de las sociedades occidentales, el cual se centra en el proceso de destitución de sus significaciones imaginarias. En la medida en que, como pudo verse, la autorrepresentación que se da a sí misma una sociedad ocupa un lugar fundamental en la conformación de las subjetividades, será necesario identificar posteriormente las consecuencias que su derrumbe produce al nivel de los individuos.

El diagnóstico de Castoriadis: la destitución de las significaciones imaginarias y el derrumbe de la autorrepresentación de la sociedad

A partir de la década de 1980 Castoriadis comienza a describir un cambio de época histórica. El paso de dos guerras mundiales, el surgimiento del totalitarismo, la caída del movimiento obrero y las perspectivas revolucionarias, así como también de la mitología capitalista del progreso, marcarían un paulatino «proceso de descomposición» de las sociedades occidentales y una «retirada al conformismo» de sus poblaciones (Castoriadis, 1997; 2006; 2008). Son múltiples los espacios en los que a su juicio pueden atestigüarse las consecuencias de estas transformaciones. El autor señala un creciente desinterés de la sociedad por la actividad política, íntimamente relacionado con la burocratización de los partidos y aparatos de dirección (Castoriadis, 1997: 18-23; 2008: 22). Al respecto del conflicto social, sostiene que tanto la actividad sindical como los movimientos de protesta se han tornado sectoriales y corporativos, en la medida en que resultan incapaces de articular un proyecto político que abarque al conjunto de la sociedad (Castoriadis, 1997: 23-25; 2008: 21-22). En cuanto a conformación de los individuos, destaca la crisis al interior de la familia y su tradicional repartición de roles. Aun cuando reconoce que esta desintegración «contiene gérmenes de una emancipación», sostiene que sus consecuencias son ambiguas debido a que conduce hacia la «*desorientación amorfa* de las nuevas generaciones» (Castoriadis, 1997: 25). Esto se debe a que no surgen instituciones que ocupen el lugar de la familia, como históricamente aconteció con otras sociedades en las que las tareas de formación de los individuos eran asumidas tempranamente por instancias colectivas. En la sociedad contemporánea esto se ve imposibilitado porque el sistema educativo también se encuentra en crisis a distintos niveles (Castoriadis, 1997: 26). El proyecto de autonomía¹⁰, en consecuencia, parece sufrir «un eclipse

¹⁰ Pensada primero como la gestión colectiva de la sociedad, Castoriadis (2013) comprende a la autonomía como la posibilidad de que tanto el colectivo social como el individuo singular se brinden a sí mismos sus propias leyes, de manera lúcida y reflexiva. Esto supone, como condición básica, que la sociedad se reconozca como fuente explícita de su autoinstitución y que por lo tanto asuma la posibilidad de su alteración. La lógica contraria a la autonomía y la más imperante en la historia de las sociedades es la heteronomía, que implica «la negación y la ocultación de la dimensión instituyente de la sociedad» a partir de la imputación del origen y fundamento de la

total» (2008:22), y el estado coyuntural de las sociedades occidentales es resumido por Castoriadis en una expresión sumamente crítica: «Vivimos la sociedad de los *lobbies* y de los *hobbies*» (1997: 27).

Sin embargo, Castoriadis (1997: 155) se distancia de los diagnósticos que ciñen la crisis de las sociedades contemporáneas al debilitamiento o la fractura de ciertos espacios colectivos puntuales. La raíz de los procesos de descomposición de estas instancias se encontraría a un nivel más general y profundo, ya que responden a una crisis «global» de las significaciones o, de manera más exacta, a un movimiento de «destitución del imaginario social» (Castoriadis, 2004:16). El autor no utiliza este término en un sentido moral o valorativo, como sus connotaciones vinculadas a la «degradación» o la «expulsión» podrían sugerir. La destitución involucra un movimiento por el cual el imaginario social «se retira de las instituciones y de las significaciones imaginarias sociales existentes», es decir, las desinvieste, quitándoles así lo que les otorga su validez o legitimidad (Castoriadis, 2004: 16). El problema reside en que, al contrario de lo que sucede en otros períodos de transformación histórica, en la época contemporánea no se crean instituciones o significaciones sociales que reemplacen a las preexistentes o que adquieran nuevamente legitimidad. De lo que se trata, por lo tanto, es de una crisis global de las significaciones, pero que se condensa, más precisamente, en «el derrumbe de la autorrepresentación de la sociedad» (Castoriadis, 1997). A falta de este elemento, las significaciones imaginarias vigentes «ya no proveen a los individuos las normas, los valores, las referencias y las motivaciones que les permiten, a la vez, hacer funcionar a la sociedad, y seguir siendo ellos mismos» (Castoriadis, 1997: 29). Es la ausencia de una representación que pueda unificar al colectivo y orientar a sus integrantes la que impide, al mismo tiempo, que las instituciones sean dotadas de legitimidad y que los individuos encuentren un sentido que justifique su pertenencia al colectivo.

institución a una fuente «extrasocial», es decir, ajena a la sociedad efectiva, como «Dios», «la tradición», «el líder», etc. (Castoriadis, 2008: 95). De este modo se logra encubrir la autoinstitución de la sociedad –el hecho de que el propio colectivo es la fuente de su institución– y el propio *Ser* de la humanidad como autocreación (Castoriadis, 1998c: 180-183). Por tanto, en las sociedades heterónomas se vive, como su nombre lo indica, según leyes puestas por otro.

Durante mucho tiempo, la «mitología del progreso» fue la autorrepresentación que otorgó sentido a las prácticas y la representación del mundo de las sociedades capitalistas occidentales, las cuales a su vez dependen de «la expansión ilimitada del dominio pseudo-racional» como su significación imaginaria central (Castoriadis, 2013; 2008; 1997). A diferencia de otros regímenes sociohistóricos – como aquellos de orden mítico, religioso o tradicional– en el capitalismo «se pretende que exista una legitimidad *racional*» (Castoriadis, 2001a: 66). En su núcleo, esta pseudo-racionalidad se reduce a un sentido puramente económico y se define por la maximización de la producción y la minimización de los costos, es decir, por una búsqueda que es ciega a cualquier otra finalidad por fuera de la optimización del rendimiento. En la época contemporánea, esta significación no resigna su centralidad; muy por el contrario, según Castoriadis (2006) se asiste a un triunfo tan absoluto de este imaginario que lograría oscurecer completamente a las otras significaciones que disputaban su lugar. Es en este contexto que la economía se torna cardinal y la expansión del dominio pseudo-racional no encuentra límites, atravesando ya no sólo la esfera de la producción sino también las del consumo, el tiempo libre y la participación política, entre otras (Castoriadis, 2006: 281-282)¹¹.

251

Lo que acontece en la actualidad, de la mano de los procesos históricos mencionados al inicio de esta sección, es que se derrumba el progreso como la autorrepresentación que brinda un sentido y una orientación en la historia a la incesante búsqueda de racionalización y acumulación que define al capitalismo. Las consecuencias de este fenómeno pueden localizarse a distintos niveles. Al respecto de la inscripción en una temporalidad, la relación con la historia deja de ser transitada por las vías de la tradición –es decir, como el reconocimiento de la pertenencia a un pasado– para devenir una vivencia externa que adquiere las formas del «museísmo» y de las «curiosidades mundanas», como si se tratase de un «paisaje turístico» o «un cementerio visitado en forma ritual» (Castoriadis, 1997:

¹¹ Pueden encontrarse puntos en común entre esta descripción y el análisis que Wendy Brown (2016) elabora acerca del neoliberalismo como una racionalidad que progresivamente economiza esferas y prácticas no económicas, las cuales comienzan a ser regidas por el modelo de la empresa.

27, 167; 1987: 13). Esto también da lugar a una nueva forma de heteronomía¹² en la relación con la historicidad, que ya no es la repetición interminable e incuestionable de las formas y leyes sociales de las anteriores generaciones, sino «la pretendida ‘tabla rasa’ del pasado que es en verdad (...) la pérdida de la memoria viviente de la sociedad» (Castoriadis, 1987:19). Indisociablemente, también resulta trastocada la relación con el porvenir. No se trata ya de una concepción del futuro como repetición interminable de lo mismo o promesa mesiánica de redención, propia de las sociedades religiosas y tradicionales. Como se mencionó al inicio del texto, con la caída de la mitología del progreso naufragan conjuntamente las dos variantes en la relación con el porvenir inauguradas durante la Modernidad: la gradualista, encarnada por el liberalismo como «progresismo banal», y la transformadora, contenida por el marxismo y el anarquismo en tanto «progresismo ‘revolucionario’» (Castoriadis, 1997:32). Lo que se derrumba, entonces, es la interpretación, compartida por ambas acepciones en algún punto, de la historia como una «fatalidad del progreso», lo cual dotaba al futuro de sentido y sostenía la apuesta por proyectos colectivos de distinta índole. En suma, el diagnóstico de Castoriadis (1987) llega a la conclusión de que «la memoria viviente del pasado y el proyecto de un porvenir valorizado desaparecieron juntos» (p.19).

252

El individuo contemporáneo, entre la privatización, el crecimiento en el consumo y el sufrimiento de lo social

El conjunto de transformaciones previamente analizadas, a su vez, repercute en el modo de vida de los individuos, los cuales ingresan en un proceso de «privatización» por el cual abandonan todo proyecto más allá de la búsqueda de «su pequeño bienestar individual» (Castoriadis, 2006: 220). En palabras de Castoriadis, «se abandonan todos los terrenos colectivos, hay un repliegue en la existencia individual o microfamiliar, no hay preocupación por nada que supere el círculo muy estrecho de los intereses personales» (p. 104). De manera que con este retraimiento hacia la esfera privada emergen comportamientos signados por la

¹² Al respecto de esta noción, véase la nota al pie 10.

apatía y el desinterés por la *res publica* y la vida política. La necesaria contrapartida de este fenómeno es que el terreno de lo público se ve limitado al máximo y en gran medida privatizado, ya que, como se señaló al inicio, los asuntos comunes devienen en «negocio privado de los diversos grupos y clanes que se reparten el poder efectivo» (Castoriadis, 1998a: 84)¹³.

Para Castoriadis, los principales elementos de esta situación ya se encontraban en vías de consolidación hacia finales de la década de 1950 (Castoriadis, 1997: 110; 2006: 104; 2008: 21). En los análisis desarrollados por el autor en aquella época ya se puede localizar un proceso de privatización de la vida de los individuos que, desde su punto de vista, se encuentra íntimamente vinculado a la tendencia general de la sociedad capitalista a la burocratización de todas sus actividades colectivas (Cardan, 1970)¹⁴. Esta privatización, sin embargo, no conlleva la muerte de la sociedad; muy por el contrario, consiste en «un tipo de relación social» específica (Cardan, 1970:98). En ella, la población «se ocupa de sus asuntos, y los de la sociedad parecen escapar a su acción» (Cardan, 1970:12). Al mismo tiempo, la «irresponsabilidad social» se torna uno de los rasgos centrales del comportamiento individual (Cardan, 1970:98). De aquí que el autor sostenga

¹³ Distintos autores, entre quienes destacan Arendt (1993) y Habermas (1997), sostienen que la distinción entre lo público y lo privado tiene sus raíces en las concepciones griegas clásicas de *polis* y *oikos*. El *oikos* refiere al espacio privado y los asuntos domésticos, mientras que la *polis* remite al espacio público en el que se abordan los problemas comunes de la sociedad. Para Castoriadis (1998a: 82), en cambio, en la relación entre individuos y colectividad es posible distinguir tres esferas: la esfera privada, *oikos*, como espacio de la privacidad del ciudadano; la esfera público/privada, *agora*, como lugar de reunión donde los individuos se encuentran para intercambiar y asociarse libremente; y la esfera pública/pública, *ecclesia*, de la que surgen, por deliberación y decisión colectiva en el caso de una auténtica democracia, las normas que regulan a las otras dos esferas. Según el autor, esta división aplica tanto a la *polis* griega en particular como, de manera «abstracta», a toda sociedad. Sin embargo, la distinción y articulación entre estas tres esferas, así como también el carácter efectivamente público de la *ecclesia*, sólo tienen lugar bajo el régimen democrático (Castoriadis, 2001b). Una aproximación a la distinción entre las perspectivas de Arendt, Habermas y Castoriadis en Benyo y Durán Prieto (2009). Retomando la reconstrucción del pensamiento sociopolítico occidental desarrollada por Bobbio (1989: 32), se puede pensar que el fenómeno señalado por Castoriadis constituye una exacerbación contemporánea del proceso de «privatización de lo público», por el cual en las sociedades industriales avanzadas comienzan a surgir grupos organizados que buscan utilizar los aparatos públicos para lograr sus objetivos.

¹⁴ «Paul Cardan» es uno de los seudónimos que Castoriadis utilizó debido al riesgo de deportación que corría por involucrarse en actividades políticas en Francia siendo aún extranjero. Bajo este nombre firmó buena parte de sus textos durante su participación en el grupo y revista *Socialisme ou Barbarie* (Socialismo o Barbarie), fundada, entre otros, por él y Claude Lefort. Un estudio sobre los cambios producidos en su obra a partir de la constitución de Castoriadis como autor y el abandono de la seudonimia en Benyo (2016).

posteriormente que la situación atestiguada en las décadas de 1980 y 1990 es el «punto extremo» del proceso que en aquella época analizó bajo el término de «privatización» (Castoriadis, 1997: 31; 2006: 209).

Este «punto extremo» parece ser la consecuencia más profunda del retraimiento hacia la esfera privada. Para Castoriadis (1997), en la época contemporánea se encuentra en ciernes una alteración del modo en que los individuos se relacionan con el orden colectivo: «lo que precisamente está en crisis hoy, es la *sociedad como tal* para el hombre contemporáneo» (p. 30). La «vivencia subjetiva» típica de estos individuos puede ser descrita en los siguientes términos:

El hombre contemporáneo se comporta como si la existencia en sociedad fuera una tarea odiosa que sólo una desgraciada fatalidad le impide evitar (...) [de modo que] hace como si *sufriera* la sociedad a la que, por lo demás (bajo la forma del Estado o de otras formas), siempre está dispuesto a imputar todos sus males y a presentar – al mismo tiempo– sus demandas de asistencia o de ‘soluciones a sus problemas’. Ya no aporta un proyecto relativo a la sociedad, ni el de su transformación, ni siquiera el de su conservación/reproducción (Castoriadis, 1997: 31).

Se puede pensar que es la ausencia de una autorrepresentación de la sociedad la que impide que los individuos contemporáneos puedan encontrar un sentido del mundo y de la vida. No les resulta posible figurarse como parte de la sociedad, razón por la cual, cuando se presentan exigencias vinculadas a ella, su existencia es vivenciada como una «tarea odiosa», como un «apremio» impuesto por una entidad completamente ajena a la propia vida (Castoriadis, 1997: 167). De manera que, en este «punto extremo» del proceso de privatización, los asuntos de la sociedad ya no sólo «parecen escapar a su acción» en tanto individuos (Cardan, 1970: 12), sino que, de un modo mucho más radical, son experimentados como una imposición externa a su orden vital. Así, los individuos «*sufren*» su pertenencia al colectivo, en lugar de encontrar allí el soporte social para sus investiduras narcisistas. En la medida en que la sociedad ya no ofrece una autorrepresentación de «nosotros» desde la cual se puedan valorar y otorgar un sentido reconocido colectivamente a los procesos identificaciones particulares, la pertenencia y, sobre todo, la activa participación en la misma –sea para transformarla, sea para

conservarla- pierden completamente su sentido y no son representadas más que como un obstáculo o un escollo desde la óptica de los individuos.

Sin embargo, como se señaló antes, sería un error suponer que en este contexto se establece una situación de anomia social o una extinción del orden colectivo. De lo que más bien se trata es del establecimiento de otro «tipo de relación social», tal como Castoriadis indica en sus análisis de finales de los 50 (Cardan, 1970). Desde su punto de vista, el derrumbe de la autorrepresentación del progreso tiene una «traducción subjetiva» específica (Castoriadis, 1997: 163). La incesante expansión que como significación imaginaria define al capitalismo se vuelca ahora hacia «el crecimiento continuo del consumo» como un fin en sí mismo (Castoriadis, 1997: 163). En línea con su perspectiva sobre la privatización, se puede sostener entonces que la expansión capitalista prosigue en el único espacio que aún guarda sentido para el sujeto: la vida privada y la búsqueda de «su pequeño bienestar individual» (Castoriadis, 2006: 220). Se llega a establecer así un nuevo «modelo identificatorio general», que es el del «individuo que gana lo más posible y disfruta lo más posible», con plena independencia de «toda función social e incluso de toda legitimación interna al sistema» (Castoriadis, 1997:163). Los modelos identificatorios de antaño, como la figura del obrero o el empresario, necesariamente suponían el desempeño de funciones sociales determinadas y gozaban de una valoración provista por su pertenencia y participación en el sistema. En la época contemporánea, en cambio, el modelo identificatorio es legitimado por *ganar*, independientemente del rol social desempeñado: «uno no gana por lo que vale, uno vale por lo que gana» (Castoriadis, 1997: 163).

El análisis que Bleichmar (2002) realiza a comienzos de la década del 2000 permite precisar el sentido que adquiere este modelo identificatorio. La autora sostiene que, sin tomar en cuenta otras pautas, en la actualidad se clasifica a los individuos a partir de dos categorías: «*winner*s» (ganadores) y «*loser*s» (perdedores). La pertenencia a uno u otro de estos conjuntos no solamente expande o limita las oportunidades de los individuos, sino que también supone una valoración social, acompañada de formas de condena moral, estigmatización y responsabilización por parte de los perjudicados (Bleichmar, 2002). Sea como

ganancia de dinero o como obtención de prestigio, el hecho de ser «un ganador» o un exitoso deviene el «eje de toda posibilidad de reconocimiento» en las sociedades contemporáneas (Bleichmar, 2002: 62). Es en este sentido que, como sugiere Castoriadis (1997), los individuos son valorados por lo que ganan o, como sostiene Bleichmar, por el hecho de ser *unos ganadores*. Pero esta valoración no sólo opera desde un punto de vista externo, al constituirse como la base de un nuevo «sistema social de valores», sino que también es el principal criterio subjetivo o, más precisamente, «forma de autovaloración, de autoreconocimiento narcisístico» de los individuos contemporáneos (Bleichmar, 2002: 62-63). Se trata, por tanto, de un nuevo criterio a partir del cual se mediatiza y se valida socialmente la «imagen» de sí que el sujeto se representa suministrar a los demás. La posibilidad de valorarse a sí mismo, es decir, de mantener una investidura narcisista positiva sobre sí, ahora se encuentra supeditada a la acumulación de éxito y prestigio como principio que rige la distribución de los «soportes narcisistas» que brinda la sociedad. En consecuencia, el derrumbe de la autorrepresentación social no supone una total imposibilidad de autovaloración narcisista de los sujetos sino que, como se sostuvo antes, se establecen nuevos criterios que no requieren de una legitimación al interior del colectivo y que adquieren sentido desde el punto de vista de la vida privada, el consumo y la búsqueda de bienestar individual.

Acerca de los análisis centrados en el narcisismo como patrón cultural predominante

Asimismo, Castoriadis (1997) también reconoce que su diagnóstico guarda relación con «algunos análisis recientes [que] ilustraron otros aspectos [del fenómeno en cuestión] con el título de ‘narcisismo’» (p.30).¹⁵ Ciertamente, es

¹⁵ Castoriadis se muestra más reticente a este término en otras oportunidades, particularmente cuando se lo asocia con el término «individualismo»: «Hay una actitud esencialmente cínica que va acompañada con lo que tan mal se ha llamado individualismo, hedonismo, narcisismo, etc. Pero es ridículo hablar de individualismo cuando todos los días, a las ocho de la noche, veinte millones de hogares aprietan el mismo botón y ven el mismo programa. ¡No! Tenemos lo que yo llamo desde hace treinta años una privatización sin precedentes en nuestra historia» (2006:220). El surgimiento de la individualidad, en el sentido pleno de la aparición de «individuos realmente *individuos*», se vincula con el proyecto de autonomía (Castoriadis, 1997: 81-82).

inevitable pensar en el abordaje del narcisismo en *La era del vacío* de Gilles Lipovetsky (1986), a quien Castoriadis (1997) dirigió fuertes críticas al respecto de su interpretación de Mayo del 68, mas sin rechazar sus «minuciosos análisis» (p.35)¹⁶. Sin embargo, existe un vínculo más directo entre Castoriadis y una de las principales fuentes en las que Lipovetsky se basa: el sociólogo e historiador norteamericano Christopher Lasch. De aquí que en sus seminarios de 1986 en la EHESS¹⁷ Castoriadis indicara a sus estudiantes la lectura del libro *La cultura del narcisismo* de Lasch (Castoriadis, 2004:17), con quien había compartido un debate televisado a inicios de ese mismo año (Lasch y Castoriadis, 2012). En aquella ocasión, ambos autores coinciden en diversos puntos de sus diagnósticos sobre la sociedad contemporánea, como el decaimiento en la participación activa de los ciudadanos en los asuntos públicos y el retraimiento hacia sus vidas privadas.

El análisis de Lasch parte de la constatación de un cambio de énfasis en los estudios clínicos de la época, los cuales desplazan su atención del narcisismo primario al secundario. En la perspectiva de Freud (2008a), la noción de narcisismo secundario refiere a ciertas conductas en las que se vislumbra un extrañamiento respecto del mundo exterior y un consecuente retiro de la libido de los objetos de investidura, que es reconducida al yo. Este desplazamiento en la bibliografía, a su vez, da cuenta de «un cambio en el tipo de pacientes que busca tratamiento psiquiátrico» (Lasch, 1999: 59). La importancia de este punto reside en que el abordaje de Lasch supone, como principio general, que las patologías de los individuos en algún punto son «una versión exacerbada de la normalidad» de una época (p.60). El «narcisismo patológico», por tanto, revela algo acerca del narcisismo como fenómeno social y como patrón definitorio de la cultura contemporánea (Lasch, 1999:60).

Lo que en términos generales comparte el nuevo tipo de pacientes es que acuden a la consulta «con síntomas no bien definidos e insatisfacciones difusas» (Lasch, 1999:59). En una dirección similar, Castoriadis (1986) señala, basándose en su experiencia como psicoanalista, que las maneras en las que se manifiestan las

¹⁶ Cabe señalar que Lipovetsky también formó parte del grupo *Socialisme ou Barbarie*.

¹⁷ *Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales* (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales).

neurosis y los trastornos psíquicos han cambiado: ya no se observa con claridad la sintomatología clásica, sino disposiciones depresivas, inestabilidad y una desorientación general de la vida de los pacientes. Parecería tratarse de neurosis suaves o «sin forma» (Castoriadis, 1986). Lasch (1999) recupera de diversos estudios clínicos una serie de cuadros que parecen coincidir con tal descripción: «insatisfacción vaga, difusa, ante la vida», «existencia amorfa [que] es inútil y carece de un propósito», «sentimientos sutilmente experimentados, aunque muy penetrantes, de vaciedad y depresión» y «una incapacidad general para seguir adelante» (p.59-60). El análisis de Lasch (1999) prosigue con la indagación de la conexión entre los trastornos narcisistas de la personalidad y los contextos sociales con los que se articulan privilegiadamente, tales como los movimientos espirituales esotéricos, las grandes empresas, la burocracia estatal y las organizaciones políticas, así como con la identificación de los efectos en distintos espacios, como la familia y la educación, entre otros¹⁸. Para Castoriadis (1986), esta «desestructuración de la personalidad» coincide con el proceso de destitución de las significaciones sociales analizado previamente. Por lo tanto, podría pensarse que estos padecimientos difusos también son una «traducción subjetiva» de la ausencia de una orientación general de la sociedad, es decir, de una autorrepresentación que permita enlazar en un «nosotros» al conjunto de los procesos identificatorios singulares. Desde este punto de vista, los diagnósticos acerca de la privatización y aquellos centrados en el narcisismo como patrón cultural predominante resultan compatibles e incluso complementarios.

Consideraciones finales

En el presente trabajo se propuso recuperar diferentes puntos de la obra de Castoriadis para profundizar en su diagnóstico acerca de la crisis de las sociedades contemporáneas y comprender sus consecuencias al nivel de la subjetividad. Para ello, resultó central identificar el papel que posee la autorrepresentación de la

¹⁸ Uno de los casos que Lasch recupera del ámbito empresarial resulta particularmente sugerente si se lo vincula con el análisis previamente revisado de Bleichmar (2002): un ejecutivo sostiene que quiere «ser conocido como un ganador y su mayor miedo es ser etiquetado como perdedor» (Maccoby en Lasch, 1999:67).

sociedad y captar los efectos de su derrumbe en la época contemporánea: en la medida en que las identificaciones de los sujetos sólo tienen sentido y adquieren valor cuando se encuentran integradas a un «nosotros», es la ausencia de esta orientación general la que provoca no sólo un retraimiento hacia la esfera privada y el conformismo, sino también, y como consecuencia más fundamental, un *rechazo* hacia la sociedad. La instancia donde la subjetividad antaño encontraba la satisfacción a su exigencia de sentido y el soporte de su libido narcisista es vivenciada actualmente como una entidad completamente externa y ajena. Así, la ausencia de significaciones convierte a lo colectivo en un estorbo carente de sentido para el individuo, el cual se encuentra sumido en una vida privatizada. De este modo se establecen criterios de valoración narcisista que son independientes al desempeño de funciones sociales específicas. A partir de estos elementos se puede brindar una definición más precisa para la expresión «avance de la insignificancia», con la cual en diferentes ocasiones Castoriadis caracteriza a la época contemporánea.

259

A su vez, cabe destacar que las transformaciones en el comportamiento del individuo contemporáneo no son únicamente el resultado del proceso de descomposición de las significaciones a escala social, sino que también responden a las dinámicas intrínsecas de la subjetividad. En otras palabras, se podría sostener que el derrumbe de la autorrepresentación de la sociedad no tendría grandes consecuencias si la subjetividad no se encontrara atravesada por una exigencia, intrínseca e irreductible, que obliga a la sociedad a proporcionarle sentido perpetuamente. Incluso se puede pensar que es la lógica del equilibrio libidinal la que, a falta de objetos sociales de investidura que puedan brindar un soporte, cuanto sea mínimo, a la libido narcisista, empuja hacia un retraimiento de los individuos sobre su vida privada. En cierto modo, se reproduce a escala social la peculiar dinámica que Freud (2008a) identifica en el narcisismo secundario: «la libido sustraída del mundo exterior fue conducida al yo» (p.72). Ante el derrumbe de los objetos de investidura, que en este caso son unos modelos identificatorios que ya no son sostenidos por una autorrepresentación colectiva, la libido es redistribuida al interior del ámbito privado, entre los intereses personales, el

consumo y la búsqueda de bienestar individual. Desde este punto de vista, la privatización y los comportamientos narcisistas pueden ser abordados como si se trataran de síntomas o «formaciones de compromiso» que se encuentran «sostenido(s) desde ambos lados» (Freud, 2008b:326-327), es decir, codeterminados por las lógicas libidinales y los procesos histórico-sociales (Rosso, 2018b). Resta estudiar en futuros desarrollos la posibilidad y las modalidades de incidencia de las dinámicas subjetivas en los procesos que se despliegan a nivel colectivo.

Pero esto a su vez lleva a evaluar, como contraparte necesaria, si las transformaciones analizadas tienen un efecto particular sobre las matrices profundas del psiquismo. Podría pensarse que lo que cambia no es sólo el modo en que la psique encuentra sentido –ya no en la identificación con colectividades sino a partir de un consumo fragmentado, individual y privado–, sino también la *cadencia* misma de esta exigencia. Con la destitución de las significaciones imaginarias, lo que aparece es una satisfacción más clausurada e inmediata, en el sentido de que para alcanzarla se requiere de menos mediaciones a través de la identificación con proyectos colectivos. Como se recuperó antes, Castoriadis (1997) señala que «el hombre contemporáneo típico hace como si *sufriera* la sociedad (...). Ya no aporta un proyecto relativo a la sociedad, ni el de su transformación, ni siquiera el de su conservación/reproducción» (p.31). Ya no es, por lo tanto, necesario pasar por lo colectivo para adquirir sentido o sostener la libido narcisista, sino que incluso la sociedad empieza a ser vivenciada como un obstáculo para la satisfacción de los propios deseos. Esta idea es reforzada por lo que Castoriadis sostiene acerca de la temprana incidencia del «modelo identificador general» de la época contemporánea en la constitución de la subjetividad: dado que por supuesto los individuos que habitan los primeros entornos de socialización del *infans* portan el mencionado modelo, las escenas que se configuran a su interior ya promueven su incorporación. Esto altera particularmente «la relación del niño con la frustración, con la posibilidad de postergación del placer» (Castoriadis, 1997:165). Puede pensarse, por lo tanto, que el trabajo de socialización al interior de las sociedades contemporáneas promueve

esa búsqueda de satisfacción más inmediata previamente descrita. Es aquí donde podría encontrarse la consecuencia subjetiva más profunda del fenómeno contemporáneo.

Esta interpretación al respecto de la modificación en la *cadencia* de la exigencia subjetiva de sentido a su vez abre el debate al respecto de las posibilidades y grados de incidencia de lo histórico-social en la constitución del psiquismo, terreno relativamente poco explorado tanto en las disciplinas sociales como en el psicoanálisis. Perspectivas provenientes de este último campo, como la de Bleichmar (2010), tienden a distinguir entre unas condiciones de producción de la subjetividad –de carácter histórico y pertinentes a la inscripción del individuo en un tiempo y un espacio histórica y políticamente situados– y unas condiciones de constitución psíquica –como universales antropológicos que trascienden las teorizaciones fantasmáticas que el sujeto produce en el marco de determinados contextos socio-históricos. Pero tal como sostiene Castoriadis (2004), «la historia psíquica (...) está codeterminada por la socialización en su consistencia específica» (p.92). Desde este punto de vista se torna necesario indagar si lo histórico-social puede definir «mucho más que el contenido y los objetos» que inviste la subjetividad y hasta producir «consecuencias para la organización psíquica» (Castoriadis, 1996)¹⁹. En otros términos, se trata de la pregunta acerca de hasta qué punto la sociedad logra «jugar con la plasticidad de la psique» (2001a:184), es decir, hasta qué punto puede alterar sus matrices profundas. Pero como el propio Castoriadis reconoce en «Hecho y por hacer», importante texto de discusión y de balance de su recorrido teórico, del «inmenso trabajo que queda por hacer» en el terreno de la reflexión sobre el vínculo entre psique y sociedad, uno de los «más urgentes» es avanzar en «el esclarecimiento de los modos específicos de

¹⁹ En distintas ocasiones Castoriadis (1996; 1997: 171; 2013: 494-496) problematiza los argumentos que el psicoanálisis esgrime para evadir la cuestión de la incidencia de lo histórico-social en el psiquismo. Desde su punto de vista, cabría revisar ciertas dimensiones que habitualmente son consideradas «invariantes» por el psicoanálisis, tales como la presunta «vicariedad» o contingencia de los objetos de las pulsiones (Castoriadis, 2013:496-497) o el pretendido carácter «inalterable a través de la historia» o «trans-historicidad» del inconsciente (Castoriadis, 1996; 1997: 171), así como también evaluar, como sugiere en una provocativa lectura de la obra *Tótem y Tabú* de Freud, la posibilidad de la emergencia histórica de instancias, afectos y mecanismos psíquicos (Castoriadis, 1996).

socialización instaurados en cada caso por sociedades particulares. Luego, la discusión de las constantes no triviales de esos modos» (Castoriadis, 1998a: 47). El presente trabajo se propuso brindar un aporte en esta dirección, recuperando las transformaciones de la subjetividad en los procesos sociales contemporáneos.

¿Cómo se cita este artículo?

Rosso, G. (2019). Privatización, conformismo y apatía. Una aproximación desde C. Castoriadis a las dinámicas subjetivas contemporáneas. *Argumentos: revista de crítica social*, 21, 239-266. Recuperado de: [link]

Bibliografía

Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.

Aulagnier, P. (2010). *La Violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.

Balibar, E. (2013). *Ciudadanía*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Benyo, J. (2016). Para leer a Paul Cardan. *Revista Diferencia(s)*, 2 (2), 21-43.

Benyo, J. y Durán Prieto, J. (2009). La representación en cuestión. Acerca de la institucionalización y la crisis del espacio público. *V Jornadas de Jóvenes Investigadores*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, Argentina.

Recuperado de http://webiigg.sociales.uba.ar/iigg/jovenes_investigadores/5jornadasjovenes/EJE10/Ponencia%20Benyo.pdf

Bleichmar, S. (2002). Losers y Winners, entre la excusa y la justificación. En *Dolor país* (pp. 61-70). Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Bleichmar, S. (2010). Producción de subjetividad y constitución del psiquismo. En *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo* (pp. 33-49). Buenos Aires: Topía.

- Bobbio, N. (1989). La gran dicotomía: público/privado. En *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política* (pp. 11-38). México: Fondo de Cultura Económica.
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpasso.
- Cardan, P. (1970). *Capitalismo moderno y revolución*. Madrid: Ruedo Ibérico.
- Castoriadis, C. (1986). Psychanalyse et société II. En *Domaines de l'homme. Les carrefours du labyrinthe II* (pp. 91-103). Paris: Seuil.
- Castoriadis, C. (1987). Transformación social y creación cultural. *Vuelta*, 11(127), 12-19.
- Castoriadis, C. (1996). Seminario 1996: Psique e historia. *Revista Zona Erógena*, 29.
- Castoriadis, C. (1997). *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Castoriadis, C. (1998a). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Buenos Aires: Eudeba.
- Castoriadis, C. (1998b). *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Castoriadis, C. (1998c). *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.
- Castoriadis, C. (2001a). *Figuras de lo pensable*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2001b). La democracia como procedimiento y como régimen. *Ensayo & Error: revista de pensamiento crítico contemporáneo*, 8, 46-67.
- Castoriadis, C. (2004). *Sujeto y verdad en el mundo histórico social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2006). *Una sociedad a la deriva: entrevistas y debates, 1974-1997*. Buenos Aires: Katz.
- Castoriadis, C. (2008). *El mundo fragmentado*. La Plata: Terramar.

Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.

Caumières, P. (2006). La pensée de l'autonomie selon Castoriadis au risque de Foucault. En S. Klimis y L. Van Eynde (Eds.), *L'imaginaire selon Castoriadis : thèmes et enjeux* (pp. 167-199). Bruselas: Presses de l'Université Saint-Louis. Recuperado de <http://books.openedition.org/pu/sl/557>

Caumières, P. (2011). *Castoriadis: critique sociale et émancipation*. París: Textuel.

Crouch, C. (2004). *Post-democracy*. Cambridge: Polity Press.

Del Barco, O. (2004). La ilusión posmoderna. En N. Casullo (Comp.), *El debate modernidad-posmodernidad: edición ampliada y actualizada* (pp. 193-200). Buenos Aires: Retórica.

Delmotte, F. (2011). Émancipation et critique à partir de Castoriadis. En M.-C. Caloz-Tschopp (Dir.), *Colère, courage, création politique, vol. 2, Six auteurs de théorie politique pour le XXI^e siècle*. París: L'Harmattan.

Delmotte, F. (2012). Retour critique sur *Socialisme ou Barbarie*. Repenser la perspective d'émancipation. *Cahiers Castoriadis*, 7, 99-122.

Dosse, F. (2018). La gran somnolencia. En *Castoriadis: una vida* (pp. 407-430). Buenos Aires: El cuenco de plata.

Ferme, F. (2009). De la multiplicidad originaria a la separación por contradicción. Apuntes para una teoría de la subjetividad. *I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-020/627.pdf>

Ferme, F. (2012). El modo de representar originario y la afectividad: Merleau-Ponty, Freud y Aulagnier. *IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-072/20>

Ferme, F., Mariscal, C., López, N., et. al. (2018). Sobre la constitución de la subjetividad: coexistencia de los sentidos, la afectividad y la reflexión. En H. Lewin, N. Dallorso y M. Di Virgilio, *Recorridos en investigación II: Programa Reconocimiento Institucional de Investigaciones: Convocatoria 2013-2015* (pp. 299-306). Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Recuperado de <https://goo.gl/jw8iWP>

Freud, S. (2008a). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas*, Vol. XIV (1914-1916) (pp. 71-98). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008b). 23ª Conferencia. Los caminos de la formación de síntoma. En *Obras Completas*, Vol. XVI (1916-1917) (pp. 326-343). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008c). 32ª Conferencia. Angustia y vida pulsional. En *Obras Completas*, Vol. XXII (1932-1936) (pp. 75-103). Buenos Aires: Amorrortu.

Habermas, J. (1997). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili.

Kioupkiolis, A (2016). Razón agonística y crítica post-fundacional en Castoriadis y Foucault. *Diferencia(s)*, 1 (2), 168-193.

Kioupkiolis, A. (2012). *Freedom After the Critique of Foundations. Marx, Liberalism, Castoriadis and Agonistic Autonomy*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1993). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor.

Lasch, Ch. (1999). *La cultura del narcisismo*. Barcelona: Andrés Bell.

Lasch, Ch. y Castoriadis, C. (2012). *La culture de l'égoïsme*. París: Flammarion.

Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.

Lyotard, J.-F. (1987). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.

Mouffe, C. (2009). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Rancière, J. (1996). Democracia o conceso. En *El desacuerdo. Política y filosofía* (pp. 121-152). Buenos Aires: Nueva Visión.

Rosso, G. (2017). *De la historia del sujeto y del sujeto en la historia. Una indagación de la subjetividad y del sentido desde una perspectiva transaccional a partir de Cornelius Castoriadis* (Tesis de grado no publicada). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.

Rosso, G. (2018a). Hacia una indagación de la vertiente subjetiva de los imaginarios sociales. Aportes desde la obra de Cornelius Castoriadis. *Temas y Debates*, 22(36), 163-183. Recuperado de <http://temasydebates.unr.edu.ar/index.php/tyd/article/view/419/248>

Rosso, G. (2018b). Las formas de la transacción entre psique y sociedad. Aportes desde Freud, Castoriadis y Aulagnier. En *X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-122/530.pdf>

Savransky, C. (2014). *Fundamentación del programa del Seminario de Diseño Gráfico y Publicidad: El diseño de los intercambios simbólicos. Condiciones de subjetivación: dominación - autonomía* (Material de cátedra). Buenos Aires: Carrera Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Tovar-Restrepo, M. (2012). *Castoriadis, Foucault, and Autonomy. New Approaches to Subjectivity, Society, and Social Change*. Londres: Bloomsbury.

Urribarri, F. (2000). Castoriadis: la sublimación extendida. *Zona Erógena*, 45, 53-58.

Urribarri, F. (2002). Castoriadis, Lacan y el postlacanismo. *Archipiélago*, 54, 31-40.

Van Eynde, L. (2008). Castoriadis et la dialectique (négative) de la raison. En B. Bachoffen, S. Elbaz y N. Poirier (Comps.), *Cornélius Castoriadis. Réinventer l'autonomie* (pp. 159-175). París: du Sandre.

Žižek, S. (2001). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós.